Stefan Zweig

LA OBLIGACIÓN

Traducción de Francisco Acosta Joerges

Nota de traducción

Por Francisco Acosta Joerges

Admito que me llevó años llegar a una traducción satisfactoria del título de este relato. Tal vez sea exagerado decir que fue lo más difícil, pues el refinado alemán de Zweig y el dominio magnífico de su lengua pueden generar un quebradero de cabeza aun en el traductor más avezado. A esto debo sumar la dificultad de traducir aquellas palabras de uso infrecuente que tanto fascinan a Zweig y tantas otras en desuso que, con alta probabilidad, el vienés grabó en el papel mientras sus labios se torcían bajo su bigotillo bruñido y sus mejillas coloradas amanecían como anunciando la inminente carcajada. También añado a esta lista excéntrica las locuciones austríacas, mímesis de términos suizos y del acento zuriqués campechano.

Ahora soy yo el que se ríe por lo bajo, aunque con cierta connivencia, mientras recuerdo mi estudio del sistema de correos del antiguo Imperio austrohúngaro para actualizar en nuestro idioma procesos postales que era necesario traducir y que, en el detalle, me eran ajenos. Lo mismo me producen los cálculos matemáticos que tuve que emprender para transformar el antiguo sistema de medidas de "líneas y

puntos" que Zweig emplea en el relato al sistema métrico. Estas referencias, tal vez absurdas, anecdóticas, me parecen sin embargo significativas. Son testimonios del escenario movedizo y tambaleante en el que tiene lugar el relato, el mismo escenario en el que su autor estaba situado: el tránsito hacia la barbarie, el abandono del "mundo de ayer", aquel universo entumecido, estacionario, con el que Zweig se refiere a la Viena prebélica. Un universo plagado de personajes conformistas e inapetentes, de valores fijos, rodeados de una holgura burguesa tan boyante como analfabeta del advenimiento de la catástrofe.

Der Zwang o –como ha sido llamado (hasta) ahora– *La obligación* simboliza precisamente este momento intersticial. El protagonista, Ferdinand, que con declarada insolencia puedo renombrar en todos los pasajes como Stefan, se precipita voluntariamente a un ciclón averno de interrogantes sobre el sentido y alcance de los valores del mundo de ayer: el deber hacia la patria, la nación, la obligación por cumplir.

Confieso, además, que no sé qué tan satisfecho me sentí con el título que escogí al despachar el borrador final. Cada vez que me enfrentaba al texto volvía a revisar y corregir, barajaba las diferentes posibilidades que me permitieran atrapar el completo sentido que el autor quería imprimir con la sencilla fórmula "Der Zwang". Inseguro, escudriñé en el cerebro de Zweig; busqué en su obra, en sus diarios y cartas. También hurgué parte importante de la producción académica y literaria que se le ha dedicado. No obstante, de haberme encontra-

do con alguna pista o bien la pasaron por alto mis limitaciones o bien permaneció solo en un nivel subconsciente.

¿Qué es lo que más se acerca al término "Zwang" en nuestro castellano actual? En su uso corriente se acerca bastante más a vocablos como imposición, coerción, coacción. Es incuestionable que estas palabras, tal vez toscas, se aproximan antes al lenguaje jurídico que al literario. ¿Qué hay de fuerza? En castellano adolece de ambigüedad: ¿de qué clase? ¿Sobre qué objeto? ¿Cómo se manifiesta? ¿De qué fuente proviene? En alemán, en cambio, abundan las palabras para designar aquello que puede definirse como fuerza. Un germanista me sugirió retroceder hasta el origen, como si con eso se conjurara el misterio de un plumazo, y titular simplemente "vis", la manera de designar fuerza en latín. Así, quise encontrar la raíz de "Zwang" en *vis*, pero fue una empresa que abandoné rápidamente, pues perdí la concentración al llegar al protogermánico y quedarme con las manos vacías.

Al fin y al cabo, Zweig decide titular "Der Zwang" un relato en cuyo centro se encuentra la pregunta por el cumplimiento del deber. Pero, ¿qué significa el cumplimiento del deber? Es posible que Zweig tampoco lo supiera y que, de esta constancia, arrancase su urgencia por escribir una obra con estas características. Es el autor que transita junto con el relato, el autor y protagonista que deja atrás al novel artista, pintor o poeta, y se adentra en la espesura de lo desconocido. ¿Se trata del cumplimiento de una obligación que la patria

exige o una obligación que el propio individuo se impone? ¿Cómo encapsular esa dualidad como lo ha logrado Zweig?

Sabemos que hacia 1918 Zweig trabajaba este texto con el título provisional de *Der Refractair*. ¿Con esto quería hablar de desertores como si se reconociera a un solo bando, el institucional y no el individual, la capacidad de exigir el cumplimiento de la obligación? En francés el relato se ha traducido como *La Contrainte*, que –en mi opinión– también exhibe reminiscencias jurídicas; mientras que en inglés ha recibido el título de *Compulsion*. El significado oficial de esta palabra en castellano se acerca en gran medida al logro de Zweig: hace suya esta dualidad entre los deberes exigidos por la autoridad y los deberes individuales que nacen de la propia voluntad, quizá de la contumacia personal. El problema es que "compulsión" está, en los hechos, demasiado vinculada a lo impulsivo, lo irresistible o incluso a las conductas repetitivas, casi obsesivas. Pero, ¿es *La obligación* solo un título por descarte?

El relato fue publicado por la casa Insel Verlag de Leipzig en 1920. Esta primera edición contó con la colaboración del artista belga y amigo de Zweig, Frans Masereel, afamado pacifista, quien incorporó nueve ilustraciones a la obra. Para ese entonces, Zweig ya se había forjado su reputación de firme detractor de la guerra, posición que se había extendido entre los lectores como consecuencia de la publicación de diferentes textos que pueden ser llamados "pacifistas", y que Zweig había redactado durante la guerra.

En noviembre de 1917, Zweig firma en Villeneuve su "Testamento de conciencia" en el que declama que la obligación de cada individuo es oponerse a la guerra. En *La obligación* pareciera haber una referencia directa a la existencia de este manuscrito, que es nombrado en una oportunidad por la mujer de Ferdinand. Luego, en 1918 terminó su polémico artículo "Adhesión al derrotismo" que consistía en una declaración de guerra en contra de la propia guerra y la reivindicación de la fraternidad como un principio rector del comportamiento humano, abogando por la unión entre todas las naciones.

Sin embargo, fue su pieza teatral *Jeremías*, concebida durante 1915 y estrenada tres años más tarde en la Suiza neutral, la que le supuso un éxito inmediato, encumbrando la carrera del escritor vienés en lo más alto. En ella, el profeta judío es apartado y juzgado por su propia comunidad al resistirse con ferocidad a la guerra, vaticinando males peores. En esta figura trágica, Zweig vio reflejado a su confidente epistolar, el escritor francés Romain Rolland, galardonado aquel 1915 con el Premio Nobel.

Fue el propio Rolland, otro prominente pacifista, quien cuestionó las primeras opiniones que el vienés había confesado acerca de la guerra. Pues, en una faceta casi del todo desconocida –acaso disimulada por el propio Zweig años después–, el autor de *Momentos estelares de la humanidad* se había mostrado en un comienzo dubitativo y tibio al condenar la guerra, coqueteando aturdidamente con el fervor

patriótico e incluso aplaudiendo los éxitos del ejército alemán. Algunos de sus críticos más caritativos atribuyen a la censura lítica y a una copiosa propaganda la destemplanza de Zweig en estas primeras escenas de la guerra. A fin de cuentas, presenciaba el desmoronamiento del mundo de ayer.

Zweig luego fue llamado a filas, pero declarado inútil. Sirvió lejos del frente. En lugar de soldado de infantería cumplió con su deber detrás de un despacho del Archivo de Guerra, en donde se le encomendó la elaboración de textos propagandísticos para alentar a las tropas. Pero la ignorancia sobre las atrocidades que perpetraban los ejércitos en la frontera, así como la presunción de que se trataba de una guerra defensiva, ya se habían disipado definitivamente a los pocos meses, quizá tironeado por la propia mano de su íntimo amigo Rolland.

Este proceso reflexivo, a veces contradictorio, a veces enriscado, pero abrigado por inseguridades, se encarna en *La obligación*. Proceso similar ya había plasmado Zweig en su poema de 1917, "Polifemo". La oscuridad de la cueva del cíclope logra cubrir también la esencia de aquel relato. No está escrito a contraluz, desde la intemperie. Brilla por su autenticidad, como un testimonio sincero de la duda, la confusión, la parálisis. ¿Cuál es la verdadera obligación? ¿A qué o quién servir? El poema, por su parte, describe al hijo de Poseidón como un gigante hambriento devorador de hombres cuyo ojo no conoce lágrimas. Polifemo, en su guarida sangrienta, representa la máquina de guerra. "Contra las rocas del destino, / sorbe con voracidad / tu ancha y abultada boca animal

/ la carne sagrada / de los hombres divinos". Sin embargo, Zweig se abre a considerar el mañana, esperanza que recogerá posteriormente en *La obligación*. "Pero cuando sueñes con festines eternos, / te clavaremos la noche en la frente, / y desde la cueva del horror y sangre, / nosotros, hermanos de los pueblos, hermanos de los tiempos, / caminaremos sobre tu cadáver pestilente / hacia los cielos eternos del mundo".

Bueno, y entonces: ¿es *La obligación* solo un título por descarte? La verdad es que no estoy seguro. Me cuesta admitir que sí. Prefiero escudarme detrás de algunas muletillas: se dice que el título es el tañer de una campana que anuncia, una llave que circunscribe el espacio de la habitación cerrada. Quizá el título es una mera superstición. La frase no es mía, pero no recuerdo de quién me la apropié. Si es así, no hay mucho que sublimar, tengo permiso para aprovecharme de esta anfibología. Puedo jalar de la indeterminación y elevar pretextos que sean racionalmente convincentes. Tal vez la penumbra que rodea *La obligación* se deba a que en realidad tampoco hay claridad sobre qué entendía el autor –¿o el protagonista?, ahora soy yo el confundido– acerca del dilema del deber; de dónde provenía el llamado, a quién debía obedecer. De hecho, tal vez aquella nebulosa sea deliberada y buscar exactitud sea una tarea absurda e imposible. Si no es una flecha que dio en el centro del blanco, tampoco se insertó en el ojo de un curioso que iba pasando. Con eso me debería bastar por ahora.

La mujer seguía durmiendo profundo con respiraciones fuertes y regulares. Su boca entreabierta parecía estar a punto de esbozar una sonrisa o decir una palabra. Bajo la manta, la tranquilidad levantó suavemente el pecho joven y abovedado. Por las ventanas asomaba la incipiente claridad del amanecer. Pero la mañana invernal ofrecía solo una luz débil. La penumbra, entre la oscuridad y el día, se mecía indecisa sobre el sueño de las cosas, envolviendo sus formas.

Ferdinand se levantó en silencio sin saber por qué. En el último tiempo le ocurría a menudo que, en medio del trabajo, tomaba de repente su sombrero y salía raudo de la casa, adentrándose en los campos a paso cada vez más acelerado, hasta terminar exhausto en un lugar lejano y desconocido, con las rodillas temblando y las sienes palpitando. O que en medio de una animada conversación se quedaba repentinamente mirando hacia las alturas, dejando de entender las palabras y de oír las preguntas, debiendo sacudirse violentamente para volver en sí. O que, al desvestirse por las noches, se borraba por completo, sentado en el borde de la cama, sujetando firmemente el zapato entre las manos, hasta que un llamado de su mujer lo sobresaltaba o hasta que el zapato caía al suelo con estrépito.

Salió de la habitación ligeramente sofocante y, en el balcón, el frío lo hizo tiritar. Sin pensarlo, presionó los codos contra su cuerpo para calentarse. El paisaje profundo bajo sus pies seguía cubierto de niebla. Sobre el lago de Zúrich, que desde su casita ubicada en las alturas solía verse como un espejo pulido en el que cada nube del cielo se deslizaba blanca y con prisa, ondeaba una densa espuma lechosa. Todo aquello en lo que posaba su mirada y sus manos estaba húmedo, oscuro, resbaladizo y gris, el agua rezumaba de los árboles y la humedad goteaba por las vigas. El mundo naciente emergía como un hombre que acababa de escapar del diluvio, del que destilaba agua a raudales. A través de la noche brumosa llegaban voces humanas, pero eran voces sordas, gorgoteos, como resuellos de ahogados, a veces un golpe de martillo o el tañido distante de un campanario, sonidos normalmente tan claros, que ahora parecían húmedos y oxidados. Una oscuridad acuosa se interponía entre él y su mundo.

Temblaba de frío. Pero se mantuvo en pie, las manos hundidas en los bolsillos, esperando que la vista se despejara. Como un papel gris, la niebla comenzó a enrollarse lentamente desde la profundidad y lo invadió una añoranza infinita por el amado paisaje que, sabía, seguía allí abajo intacto, solo cubierto por el humo matinal, y cuyas líneas claras iluminaban su propio ser dándole orden. Cuántas veces se había acercado a esa ventana, dominado por su propia turbación, y encontrando consuelo en la vista apacible. Las casas en la orilla de enfrente colocadas cariñosamente

una junto a otra; un barco de vapor dividiendo con grácil destreza el agua azul; las gaviotas revoloteando serenamente sobre la costa; el humo emergiendo como un tornillo plateado de la chimenea roja hacia las campanadas del mediodía. Todo aquello le decía con tanta claridad: "¡Paz! ¡Paz!", que, en contra de su propio conocimiento de la locura del mundo, confiaba en estas bellas señales, y durante horas esta nueva patria que había escogido lo hacía olvidar su tierra natal.

Meses atrás, huyendo del tiempo y de los hombres, había llegado a Suiza desde el país de la guerra y había sentido cómo su ser marchito, surcado por el horror y el espanto, se alisaba y cicatrizaba, cómo el paisaje lo acogía suavemente y las líneas y colores puros lo llamaban a trabajar en su arte. Por eso, siempre se sentía ajeno y nuevamente apartado cuando la vista del paisaje se le ocultaba; como en aquella hora de la mañana en la que la niebla lo envolvía todo. Lo invadió una compasión infinita por todos los que estaban encerrados allí abajo en la oscuridad, por las personas de su patria que también estaban sumergidas en la distancia, una compasión y una añoranza infinitas del vínculo con ellos y su suerte.

En algún lugar bajo humo, la campana de la iglesia repicó cuatro veces en la mañana de marzo, y después, otras ocho campanadas más intensas anunciaron la hora. Como si estuviera sobre la punta de una torre, se sintió inefablemente solo: el mundo ante él y su mujer detrás, en la oscu-

ridad del sueño. Su voluntad más profunda se esforzó por romper esa suave pared de niebla y percibir en algún lugar una señal de vigilia, una certeza de vida. Y al apartar la mirada sobre sí, le pareció como si algo, una persona o un animal, se moviera lentamente allá abajo en el gris, donde acababa el pueblo y el camino ascendía en serpentinas jadeantes hasta la colina. Suavemente velado, pequeño, se acercaba despacio: primero una alegría de que algo aparte de él estuviera despierto, pero, al mismo tiempo, una ardiente e insana curiosidad. Allí, hacia donde se desplazaba la figura gris, había una encrucijada que conducía a una localidad vecina o hasta aquí arriba: por un momento, el desconocido dio un respiro hondo, pareció dudar. Luego trepó despacio por el sendero estrecho.

La inquietud se apoderó de Ferdinand. "¿Quién será aquel desconocido?", se preguntó, "¿Qué fuerza lo habrá obligado a abandonar la calidez de su habitación oscura, como a mí, hacia la mañana? ¿Me está buscando? ¿Qué quiere de mí?". Entonces, a través de la niebla más dispersa a medida que se acercaba, lo reconoció: era el cartero. Todas las mañanas, impulsado por las ocho campanadas, trepaba hasta allí. Ferdinand lo sabía, y ahora imaginaba ese rostro enjuto con la roja barba de marinero que se volvía blanca en las puntas, y los lentes azules. Nußbaum era su apellido y Ferdinand lo llamaba Cascanueces[1] por sus movimientos

1 N. del T.: En alemán, Nußbaum significa nogal. Ferdinand deriva naturalmente el apodo Cascanueces [Nussknacker] del nombre Nußbaum.

rígidos y la dignidad con la que siempre tiraba el bolso hacia la derecha, el gran bolso de cuero negro, antes de entregar solemnemente sus cartas.

Ferdinand sonrió al verle avanzar pisando fuerte, con el bolso echado sobre el costado izquierdo y esforzándose por caminar dignamente con sus pasos cortos. Pero de pronto sintió un temblor en las rodillas. Su mano, alzada sobre los ojos, cayó entumecida. El desasosiego de hoy, de ayer, de todas estas semanas, había vuelto de repente. Presintió que aquel hombre venía hacia él, paso a paso, y solo hacia él. Sin saber realmente lo que hacía, abrió la puerta sin hacer ruido, se deslizó por delante de su esposa dormida, bajó las escaleras a toda prisa, tomó el sendero cercado para ir al encuentro del hombre.

En la puerta del jardín se topó con él.

—¿Tiene...? ¿Tiene...? —tres veces tuvo que intentarlo—. ¿Tiene algo para mí?

El cartero levantó sus lentes empañados para mirarle.

—Claro, claro.

De un tirón, echó el bolso negro a la derecha y con los dedos –grandes como lombrices y húmedos y rojos por el rocío helado– revisó las cartas. Ferdinand temblaba. Por fin, extrajo una. Se trataba de un gran sobre marrón. Tenía impresa la palabra "Oficial" en letras grandes y debajo decía su nombre.

—Carta certificada —dijo, humedeciendo la pluma y tendiéndole el libro.

Con un trazo ilegible por la emoción, Ferdinand escribió su nombre. Luego tomó la carta que la mano gruesa y roja le tendía. Pero sus dedos estaban tan rígidos que la hoja resbaló y cayó al suelo sobre la tierra y el follaje húmedos, y cuando se inclinó para recogerla, un amargo olor a podredumbre y descomposición se coló en su respiración.

Había sido eso –ahora lo veía con claridad– lo que había estado perturbando subterráneamente su paz durante semanas. Esa carta que había esperado contra su voluntad, que le había llegado desde una distancia amorfa y sin sentido, buscándolo a tientas, alcanzando con sus palabras rígidas y mecanografiadas su vida cálida, su libertad. La había sentido venir desde alguna parte, como un jinete patrullando entre la verde espesura del bosque que siente un frío tubo de acero apuntándole desde lo invisible, y el pequeño trozo de plomo dentro de él que quiere introducirse en la oscuridad bajo su piel.

La resistencia había sido en vano. En vano los pequeños ardides con los que había alimentado sus pensamientos durante noches completas: ahora lo habían alcanzado. Habían pasado apenas ocho meses desde que se había presentado desnudo, temblando de frío y asco, ante un médico militar que le agarró los brazos buscando músculos como si fuera un comerciante de caballos. Ocho meses desde que había reconocido, a raíz de esa humillación, la indignidad humana que reinaba en aquella época y la esclavitud en la que había caído Europa.

Durante dos meses había soportado vivir en ese aire viciado de retórica patriótica, pero poco a poco su respiración se fue estrechando cada vez más, y cuando las personas a su alrededor abrían sus bocas para hablar, creía ver el amarillo de las mentiras en sus lenguas. Lo que decían le repugnaba. La imagen de las mujeres al amanecer, sentadas con sus sacos de papas vacíos, helándose sobre los escalones del mercado, le partía el alma en dos: con los puños apretados deambulaba por ahí, arrastrando su rabia impotente y sintiendo cómo su ánimo se iba volviendo rabioso y hostil y se repelía a sí mismo. Finalmente, alguien intercedió en su favor y consiguió pasar a Suiza con su mujer: cuando atravesó la frontera sintió súbitamente cómo la sangre volvía correr por sus mejillas. Se tambaleó debiendo sujetarse a los postes. Por primera vez, volvía a sentirse hombre, vida, acción, voluntad, fuerza. Y sus pulmones se abrieron para percibir la libertad en el aire. Su patria ahora solo significaba prisión y coerción. El país extranjero, un hogar en el mundo; Europa, la humanidad.

Pero eso no duró mucho, aquel sentimiento ligero y feliz; el miedo volvió a aparecer. Sentía que su nombre seguía atado a aquella espesura sangrienta; que algo que no sabía qué era, que no conocía –aunque ese algo sí sabía de él–, lo mantenía amarrado; que un ojo frío e insomne lo acechaba desde lo invisible. Se refugió en su interior, no leía los periódicos para no encontrar las órdenes de reclutamiento, cambió de apartamento para borrar su rastro, hacía que le mandaran las cartas a nombre de su esposa a poste restante,